

CAPITULO XXXIII.

Continuacion del anterior.—Parte don Juan de Austria de Madrid.—Su entrada en Granada.—Toma las riendas del gobierno.—Sigue la guerra con sucesos varios.—Llama el rey á la corte al marqués de Mondejar.—Es asesinado Aben-Humeya por los suyos.—Alzan por nuevo rey á Aben-Abóo.—Sale don Juan de Austria de Granada á combatir á los moriscos.—Se retira el marqués de los Velez.—Se apodera don Juan de Galera, de Seron, de Tijola y de otros mas puntos.—Expedicion del duque de Sesa.—Tratan de someterse los moriscos.—Conferencias en el Fondon de Andarax.—Ceremonia de la sumision delante de don Juan.—Rompe el pacto Aben-Abóo.—Hace asesinar al Habaquí.—Es asesinado Aben-Abóo por los de su mayor confianza.—Entrada de su cadáver en Granada.—Fin de la guerra.

1569—1571.

MOSTRÓ Felipe II en la eleccion de don Juan de Austria, que tenia tacto y conocimiento de los hombres. Daba indicios don Juan, en medio de sus verdes años, de capacidad y de que con el tiempo se adquiriria un gran nombre. Al designarle el rey, manifestó por otra parte la sinceridad de los sentimientos con que le habia acogido y reconocido como hijo del emperador, y que no seria envidioso de la fama y nombradía que sin duda iba á adquirir, revestido de un cargo tan considerable. Partió, pues, don Juan, acompañado entre otros muchos de Luis Quijada, su antiguo ayo y guardador, hombre muy experimentado en asuntos militares. El 6 de abril de 1569 llegó á Granada, donde fué recibido por las autoridades militares y civiles con el aparato y solemnidad debidos á su alta clase y á las funciones de que iba revestido. Inmediatamente tomó la direccion suprema de todos los asuntos del pais; mas le estaba particularmente encargado por el rey, el no adoptar medida ni providencia alguna definitiva, sin que mediase la aprobacion por su Consejo.

El marqués de Mondejar, que se hallaba en Ujijar cuando le llegó la noticia del nombramiento de don Juan, permaneció algunos dias mas en aquel punto sin pasar adelante en sus operaciones. Cuando creyó próxima la llegada del príncipe á Granada, se trasladó á dicha ciudad, donde entró con toda pompa militar, precedido y seguido de gente armada, tanto de infanteria como de á caballo. Excitó el aparato de esta entrada diversos sentimientos, pues ya dejamos insinuado que si tenia amigos y apasionados, no eran pocos los que le eran desafectos y censuraban sus operaciones.

No hay duda de que el marqués de Mondejar se condujo en esta guerra con actividad y energía; que siguió sin descanso ni tregua el alcance de los enemigos; que los derrotó en varios encuentros; que les tomó puntos fuertes donde hicieron grande resistencia. Obró sin disputa como general y como soldado en todas ocasiones. De sus opiniones políticas, de sus ardientes deseos de reducir el pais sin destruir ni deportar un pueblo que tenia por útil bajo muchas consideraciones, deponen todos sus pasos y medidas. A no encontrar oposicion en los ánimos de tantas personas influyentes de Granada, incluso el mismo presidente de la Chancillería; á no presentársele en el pais otro capitán general, que no solo obraba con independencia suya, sino que mostraba opiniones del todo diferentes; á tener mas fuerzas de que disponer, mas recursos con que sustentarlas y pagarlas; á no tener muchas veces precision de tolerar excesos y rapiñas que comprometian el plan de pacificacion, su idea favorita, tal vez hubiera tenido la gloria de poner término á una guerra tan asoladora. Mas, por las razones indicadas, fueron casi inútiles todos sus esfuerzos. La division de mandos, la discordia de pareceres, la incertidumbre y conflictos en que tan diversos informes ponian al Consejo de Felipe, hicieron cometer un gran número de faltas, que dieron aliento é inflamaron de nuevo el ánimo de los sublevados.

Penetrado Aben-Humeya de lo apurado de su posición; dudoso siempre de poder venir á partido con los castellanos, por la enormidad de los excesos perpetrados; sabedor á no caberle duda de los lazos y asechanzas que por parte del marqués de Mondejar se les armaban, cobró nuevo ardor, y se resolvió á correr todos los azares de la guerra. Ya habia recibido algunas armas y refuerzos en hombres del Dey de Argel, y los esperaba hasta del Gran Turco. La falta de concierto y de recursos que notaba en sus contrarios, animaban mas y mas sus esperanzas. Los sentimientos de los pueblos de la Alpujarra, daban sobre todo gran pábulo á tantas ilusiones.

Vejado este pais en mil sentidos; viéndose objeto de malos tratamientos, de robos y rapiñas, á pesar de hallarse tantos pueblos reducidos á la obediencia del rey; penetrados de la inutilidad de su salvo conducto contra soldados sedientos de botin, volvieron á dar oídos á sus antiguos odios, y se alzaron de nuevo, abandonándose á los mismos excesos que habian señalado su primer pronunciamiento. Con la salida del marqués de Mondejar del pais, no quedaron en él mas tropas que las guarniciones de algunos puntos fuertes y otras que cubrian algunos pasos de importancia. Aben-Humeya le recorrió todo, rodeado de la pompa y aparato posible para dar realce á su régia dignidad; organizó los armados; atendió en cuanto lo permitian sus fuerzas á todas las cosas de la guerra; dirigió alocuciones que inflamaron su entusiasmo, y dividió el pais en mandos militares á cargo de los jefes de mas consideracion por sus servicios é influencia en las clases inferiores, conservando siempre á su lado á su tío don Fernando El-Zagüer, como su privado consejero. Mas el famoso Farax-Aben-Farax, que fué uno de los principales instigadores de la guerra, no tuvo mando alguno por hallarse huído del rey morisco, cuyo resentimiento habia provocado. Mientras tanto le llegaban recursos de Africa, y cada dia veia engrosarse mas las filas de su ejército.

No pudo menos de penetrarse don Juan de Austria, á pesar de su inexperiencia y pocos años, de lo grave del asunto que le estaba encomendado. Inmediatamente que llegó á Granada tomó disposiciones, comenzando á desplegar la actividad que le distinguió en todo el curso de su vida. Le habia mandado el rey tropas de refuerzo, que si no eran las suficientes, prometian un impulso eficaz á las operaciones de la guerra. Las organizó don Juan del mejor modo que le fué posible: allegó víveres, municiones y cuantos recursos eran necesarios, y distribuyó igualmente el pais entre varios jefes militares. La naturaleza de su comision no le permitia entrar en campaña en persona, y si solo dirigir en grande las operaciones de los dos marqueses.

En el consejo que reunió en seguida para tratar del estado del pais, tanto en lo militar como en lo político, hubo diversidad de pareceres. Insistió el marqués de Mondejar en su idea favorita de reducir el pais y tentar todos los medios de volver á la obediencia un pueblo tan útil, por su industria y su laboriosidad, al rey de España. Opinaron otros, y entre ellos el presidente Deza, por su deportacion é internacion en otras provincias del Reino, pues solo de este modo podian dejar de ser enemigos encarnizados y peligrosos del gobierno. Tambien insistió en la necesidad de expulsar de Granada á los moriscos del Albaycin y de la Vega, proyecto á que pareció inclinarse don Juan y lo mismo Luis Quijada.

Mientras tanto se alzaron los pueblos de Peza, Cuéntar, Dudar y Güezar, todos fuera de las Alpujarras, hácia el rio de Almería.

Se pronunció asimismo la sierra de Bentomiz, donde se contaban veinte y dos lugares. Pusieron sitio los alzados al castillo de Canilles de Aceituno, que hubiera caído en su poder, á no ser socorrido por Arévalo de Zuazo, corregidor de Velez, que acudió á tiempo con tropas que sacó de dicho punto. Mas este corregidor no pudo hacerse dueño del peñon de Prigiliana, situado cerca de la costa del mar, de que se apoderaron y se hicie-

ron fuertes los habitantes de Competa, otro pueblo de la misma sierra. Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, aunque no guardemos el orden cronológico, diremos que este peñon fué expugnado por tropas que acababan de llegar de la costa de Nápoles, conducidas por don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, segun órdenes que para ello le habia dado el rey de España.

Acudió á dicho jefe el corregidor de Velez, pidiendo auxilios y su cooperacion contra el peñon de Frigiliana. Accedió el comendador; mas como no queria moverse sin estar autorizado para ello por don Juan, le expidió con toda diligencia un mensajero, quien le trajo su consentimiento.

Desembarcó el comendador mayor sus tropas, deseosas de pelea. Eran dos mil soldados de infantería, procedentes todos de Italia, y ademas cuatrocientos hombres de la tripulacion de las galeras. Se componia esta gente de doce compañías de soldados viejos, diez del tercio de Nápoles, una del Piamonte y otra de Lombardia. Eran los capitanes del tercio de Nápoles el maestro de campo don Pedro de Padilla, don Alonso de Luzon, Pedro Bermudez de Santis, Ruy Franco de Butron, Pedro Ramirez de Arellano, Antonio Juarez, el capitán Martinez, Alonso Beltran de la Peña, el marqués de Espejo, y el capitán Orejon. Mandaba la compañía del Piamonte don Luis Gaitan. En la tropa de Arévalo se hallaban de capitanes Hernan Duarte de Barrientos, don Pedro de Coalla, Gomez Vazquez, Luis de Baldivia, el jurado Pedro de Villalobos, Antonio Perez, Márcos de la Barrera y Francisco de Villalobos: estando á cargo de Luis Paz el mando de la caballería. A este número agregó el corregidor Zuazo el de mil y quinientos que capitaneaba, con cuyas fuerzas reunidas, se pasó á la expugnacion del fuerte.

Se emprendió ésta con tres columnas, que atacaron con denuedo por diversos puntos; la una por la loma

de los Pinillos, mandada por don Pedro de Padilla: la segunda por la de Frigiliana, al cargo de don Juan de Cárdenas, y la tercera por otra loma en medio de las dos, al de don Martin de Padilla. Lo escarpado del camino dió grandes ventajas á los moros, que hacian perder el pié y precipitarse por aquellos despeñaderos, á los asaltadores; mas era mucho el ardimiento de éstos, sobre todo los soldados de Italia, deseosos de pelear con los moriscos. Se mostró al principio la jornada favorable á éstos, habiendo sido los nuestros por todas partes repelidos. Al fin tomaron parte de ellos la resolucion de atacar por lo mas escarpado de la peña, llamada la Conca, y sobre la que por esta misma circunstancia, no estaban los moriscos con cuidado alguno. Con gran trabajo, y trepando por las escabrosidades de la roca, pudieron llegar á lo mas alto del fuerte, donde tremolaron una bandera, que infundió nuevo aliento á los otros que subian, llenando al mismo tiempo de terror á los moriscos. Fué desde entonces decisiva la victoria, y los nuestros ganaron el fuerte, haciendo gran matanza en los vencidos. Murieron de estos dos mil, y entre hombres, mujeres y niños, quedaron mas de tres mil en poder de los cristianos. Hubo mujeres moriscas que pelearon con gran denuedo; otras, que viendo las cosas perdidas, se precipitaron con sus hijos de lo alto de la peña: el botin fué inmenso; mas los nuestros no compraron barata la victoria, habiendo tenido cuatrocientos muertos y ochocientos heridos, número de mucha consideracion, si se atiende á lo escaso de la fuerza.

Mientras tanto el marqués de los Velez, aunque supo á su debido tiempo la venida de don Juan, evitó ponerse con él en relaciones, puesto que no habia recibido sobre el particular órdenes ni provision alguna de la córte. Viendo que habia sido la Alpujarra desocupada por el de Mondejar, trató de ocuparla con sus tropas; mas don Juan que lo supo, le envió órdenes de que no pasase adelante del punto donde le encontrase el mensa-

jero, haciéndole ver que era mucho mas necesaria su presencia en los que antes ocupaba. Todo esto manifiesta poca inteligencia y armonía entre los diversos jefes, y que el rey don Felipe, al enviar á su hermano á Granada, no habia pensado ó estaba todavía irresoluto sobre las relaciones que habian de existir entre don Juan y el de los Velez.

No fue éste feliz en su designio de construir un fuerte en Ravaha, para asegurar comunicaciones importantes entre varias partes de la sierra. Sea que no pudiese proteger la obra, habiendo tenido que alejarse de la Alpujarra; sea que no hubiese enviado bastantes fuerzas para ella, fueron los trabajos destruidos por los moros. Se retiró el marqués á Verja, y despues de haber permanecido allí algunos dias, tuvo la noticia de que iba á ser atacado en sus posiciones por el mismo Aben-Humeya.

Con los muchos refuerzos que habia recibido éste de Berbería, se hallaba á la cabeza de nada menos que de diez mil hombres, cuando concibió el proyecto ya indicado. Tuvo avisos seguros el marqués de los Velez del movimiento del rey de los moriscos, y anduvo dudoso sobre si le esperaria ó si trasladaria á otro punto el campo; mas prevaleció el primer pensamiento, tomando todas las precauciones para que no le cogiesen desprevenido.

Pensaba sorprenderle Aben-Humeya, y le atacó de noche al frente de sus tropas. Muy pronto conoció á su llegada á Verja, que el marqués se hallaba sobre aviso. Atacó sin embargo con denuedo, haciendo sus tropas mucho ruido y algazara, y como eran superiores en número, llevaron desde un principio lo mejor del lance. Hubo momentos en que los nuestros se vieron arrollados y en desorden, mas el marqués de los Velez tuvo serenidad para acudir á todas partes, dejando un cuerpo de reserva con objeto de atender á donde fuese mas preciso. Pudo mas el valor y disciplina de los nuestros, que el número é ímpetu de los de Aben-Humeya, quienes

acosados, sobre todo por la caballería, se retiraron con precipitación, sufriendo la pérdida de mas de mil y quinientos hombres, mucho bagaje, y diez banderas.

No se desanimó Aben-Humeya con este contratiempo, y continuó con mas ardor que nunca la obra de los pronunciamientos. A los pueblos de la sierra de Bentomiz siguieron los del rio de Almanzora. En aquel pais pusieron sitio á dos castillos; al de Tahali, que fue tomado desde un principio, y al de Seron, que opuso mas seria resistencia. Ocurrió con este motivo una circunstancia digna de atencion, y que indicamos, para hacer ver que no siempre en esta guerra influian el tino y la prudencia. Noticioso don Juan del aprieto de Seron, envió orden á Luis Carvajal, natural de Jodar, para que con la gente que pudiese allegar, marchase á socorrerle. Se puso Carvajal en marcha, y mientras tanto recibió don Juan comunicacion del marqués de los Velez, que tenia orden del rey para socorrer al castillo del modo que pudiese. No atreviéndose don Juan á obrar contra esta provision del rey, envió orden á Carvajal, que estaba ya cerca del castillo de Seron, para que retrocediese á su villa; lo que realizó en efecto. Mientras tanto el socorro que mandó posteriormente el de los Velez en auxilio de Seron fue puesto en derrota por los moros, lo que apresuró la toma del castillo. Se vé aquí, que don Juan no tenia de hecho la direccion suprema de las cosas de la guerra, pues el marqués se entendia directamente con la córte; que en éste obró mas el deseo de aumentar su propia honra, que el del buen servicio del monarca, y que don Juan obró con demasiada prudencia, ó por mejor decir, con gran falta de resolucion, suspendiendo un movimiento, que cualquiera que fuesen las resoluciones del rey, no podia menos de ser muy provechoso.

Mientras se realizaban estas expediciones, presentaba Granada un espectáculo, que solo podia tener lugar en una guerra de género tan desastroso. Hemos dicho ya los pareceres que habia en el Consejo, de que solo haciendo

internar á los moros del Albaycin y de la Vega en las demas provincias de Andalucía, podian estar la ciudad y sus alrededores libres de sus asechanzas, y perder la ilusion los moriscos sublevados, de alzarse de una vez con todo el reino. Fué aprobado este pensamiento por el rey de España, y don Juan de Austria recibió órdenes de llevarlo á efecto. Por junio de 1569 se publicó un pregon en Granada, para que se recogiesen á las iglesias de sus parroquias respectivas todos los moriscos que habitaban en el Albaycin y demas barrios de Granada. Desarmados de antemano los moriscos, obedecieron la orden, temerosos de que iban todos á ser sacrificados; mas el presidente, y sobre todo don Juan de Austria, los tranquilizó en esta parte, dándoles palabra de honor de que se respetarian sus vidas. Despues que los tuvieron recogidos en las iglesias, los condujeron por las calles con todas las precauciones de seguridad, los encerraron en un grande hospital que se halla extramuros de Granada, y de allí los fueron internando segun las órdenes del rey, distribuyéndolos en varios pueblos, cuyo vecindario era todo de cristianos. Concibe bien la imaginacion lo angustioso de la escena que debió de ofrecer un pueblo entero, arrancado con violencia de sus hogares, de los regalos de sus casas, de las comodidades de una holgada situacion doméstica, para trasportarlos á paises extraños, donde los aguardaban el desprecio y la miseria. Los historiadores de esta guerra á que nos hemos referido, pintan este suceso con colores lamentables; y no pudieron menos de pagar un tributo á la miseria de los expelidos, á pesar de no ser ni de su nacion ni de su secta. De todos modos, manifiesta bien este suceso el grado de encono á que habia llegado aquella guerra, y la intolerancia política y religiosa de la época.

La uniformidad del movimiento á que dió lugar esta contienda, y la naturaleza de nuestro escrito, no nos ha permitido hasta ahora referirlos minuciosamente. La misma conducta observaremos en lo sucesivo. Creemos

que basta lo poco que hemos dicho, para hacer ver que fue esta una guerra de correrías, de ataques y defensas de puntos fuertes, en que las ventajas del valor y la disciplina estaban por nuestra parte, y por la de los moriscos la superioridad del número, el mayor conocimiento del terreno, y la popularidad de la contienda. No merecian nuestras tropas el nombre de ejército por su poco número; mucho menos las de los moriscos, por su mala organizacion é irregularidad de todas sus operaciones. Se resentian las nuestras de la falta de una cabeza principal, y de un centro de accion, de las rivalidades de los jefes, sobre todo, de la diferencia de miras y opiniones, que á unos y otros animaban. No era el jefe principal don Juan, á pesar de lo amplio de la comision que le habia sido dada por el rey: tampoco lo era el marqués de los Velez, á pesar de recibir órdenes directas de la córte, por lo mismo que no podia darlas él á don Juan de Austria, y tomar por sí mismo medidas conducentes á las operaciones de la guerra. Ya veremos en lo sucesivo, cómo se reparó este error; sigamos ahora de un modo rápido y conciso las operaciones.

Por una parte don Juan de Austria, al saber la toma del castillo de Seron por los moriscos, y que se habia alzado contra el rey todo el pais del rio de Almanzora, envió refuerzos á los pueblos de Velez el Blanco y de Oria, donde estaban las hijas del marqués de los Velez, muy en peligro de ser presa de los moros. Por otra, Aben-Humeya, ya seguro del pais del rio de Almanzora, que acababa de alzarse en favor suyo, juntó su campo en Andarax, para caer sobre Almeria; mas don Garcia de Villa Roel, que lo supo, le salió al encuentro, y frustró sus designios derrotándole en las inmediaciones de Güecija. Al mismo tiempo hacia una expedicion el capitan don Antonio de Luna en el valle de Lecrin, donde sufrió una derrota, habiendo muerto entre otros, un valiente capitan llamado Céspedes.

Dejamos al marqués de los Velez victorioso en el

ataque que le habian dado los enemigos mandados por el mismo Aben-Humeya en Verja, donde á la sazón se hallaba. Desde entonces se habia retirado á Adra, donde permanecía inactivo por falta de refuerzos y de víveres. Se trató en el consejo del rey, de que emprendiese de nuevo sus operaciones ofensivas, y para ello se mandó reforzar su campo con todas las tropas recién llegadas de Italia, mandadas por el comendador mayor de Castilla, y todas las demas que pudieron allegársele. Los proveedores del rey en Granada tuvieron órdenes de surtirle de víveres, y poner almacenes en todos los puntos fuertes que ocupábamos de la Alpujarra. Al marqués de los Velez se le dió orden de que se trasladase á este pais, y le allanase, como el teatro principal y asiento de la insurreccion armada. Se movió en efecto el marqués de Adra, y tomó el camino de las Alpujarras. Le salieron los moriscos al encuentro, mas fueron derrotados, y el marqués llegó sin ninguna otra novedad á Ujijar. Allí supo que Aben-Humeya se habia retirado con el grueso de su gente á Valor, y no dudó en ir á buscarle, seguro de vencerle con tal que le esperase. Púsose en efecto en marcha con direccion al pueblo de Valor, y dió sobre los moriscos, que estaban formados por bajo del pueblo. Recorria las filas Aben-Humeya vestido y armado con toda pompa oriental, exhortando á los suyos á que peleasen con denuedo. Mas á pesar del entusiasmo que excitó su presencia en el ánimo de los suyos, no resistieron el encuentro del marqués, y fueron derrotados. Aben-Humeya, no pudiendo contener á los que huían, se salvó como pudo por aquellas asperezas, desjarretando los caballos cansados, haciendo ahorcar al alcaide de Seron, y otros cautivos cristianos que llevaba.

No desmayó sin embargo este caudillo; tal era su confianza en la naturaleza de aquellas asperezas; en la popularidad de la contienda, en el odio inveterado que los moriscos profesaban á los castellanos, y sobre todo, en los refuerzos que esperaba y le tenian prometidos de

Africa. Para acelerar su envío, pasó á Berbería un confidente de Aben Humeya llamado Hernando el Habaquí, quien habiendo tenido buen recibimiento en Argel, regresó muy pronto con cuatrocientos escopeteros, mandados por un oficial turco, y acompañados de una porción de mercaderes con armas y municiones para venderlas á los moriscos.

Fué este refuerzo de mucha importancia, sobre todo despues de su derrota en Valor, al rey de los andaluces, pues con este título era llamado Aben-Humeya; mas se acercaba el fin de este caudillo, acompañado de circunstancias, que por su singularidad no podemos menos de referir, aunque de un modo compendioso.

Era Aben-Humeya cruel, violento en sus resoluciones, poco político y detenido en los actos de venganza, á que frecuentemente se entregaba.—El asesinato de su suegro Miguel de Rojas, le enajenó los ánimos de muchos de sus parientes mismos. No eran pocos los que andaban recelosos de igual atentado, y sobre todo, que desconfiaban de él, por los tratos secretos con los cristianos, de que se le acusaba. Era por otra parte Aben-Humeya hombre muy vicioso, desarreglado en sus costumbres; y de la facultad concedida por la ley de Mahoma, para tener muchas mujeres, usaba con sobrada destemplanza. Sucedió, que uno de sus oficiales llamado Diego Alguacil, habia recogido una mora prima suya, que acababa de enviudar, y con quien trataba de casarse. Prendado de su hermosura Aben-Humeya, se la arrebató violentamente, cosa que ofendió é irritó sobremanera á Diego, y aun á la misma mora, reducida por la fuerza á componer parte de las mujeres del monarca. Por esta mora, con quien permanecía Diego en relaciones, sabia éste todos los pasos de Aben-Humeya, y así vino á ser el instrumento de su pérdida. Escribió Aben-Humeya á otro de sus oficiales llamado Diego Lopez Aben-Abóo, que condujese á los turcos recién llegados de Argel á una expedicion, para la que le auxiliaria Diego Alguacil con dos-